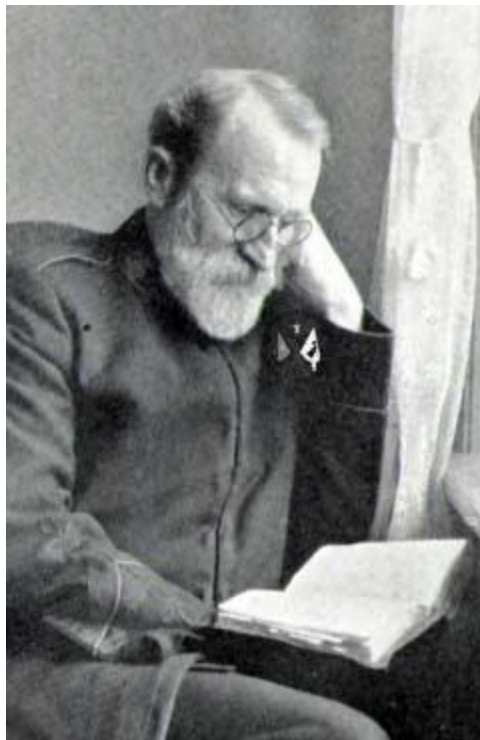

El Precio de Salvar Almas



(1 de junio de 1860 – 19 de mayo de 1936)

Samuel Logan Brengle

Hace algunos años una señorita, pastora de una iglesia, escribió a su Superintendente diciéndole que había dispuesto renunciar del pastoreado si no podía ver almas salvadas. Pero no renunció.

Un pastor, famoso por grandes avivamientos en las iglesias donde él había trabajado, fue enviado a pastorear una iglesia grande en Nueva York. Al entrar en la reunión de los pastores, les oyó hablar entre sí: “Él dará cuenta de que Nueva York es diferente. Es el mero cementerio de todo lo que se relaciona a avivamiento”. En ese momento dispuso y declaró públicamente que habría un avivamiento con su iglesia o funerales en la casa pastoral.

La poca fe mira las dificultades y con frecuencia acepta la derrota sin ni siquiera una pelea. La fe grande mira a Dios y pelea valientemente contra las adversidades, y a pesar de los triunfos aparentes del enemigo, gana victorias morales y espirituales, tal como hizo Cristo en el Calvario, y tal como hicieron los mártires que perecieron en las llamas. ¡Que derrota mayor pudiera haber para los corazones dudosos y los ojos de incredulidad que la derrota de Cristo sobre la cruz, o de los mártires ingleses Cranmer y Ridley en el fuego! Era precisamente en esos momentos que ellos ganaron sus victorias gloriosas sobre el enemigo. El espíritu de Jesús es el espíritu de conquista.

Pablo, lleno de amor apasionado por Cristo, y ardiendo con el deseo ferviente de salvar a los hombres, salió a predicar la gran salvación que lo había alcanzado. Visitó muchas provincias del Imperio Romano. Encontró dondequiera, entre los judíos, el mismo odio mortal y la misma oposición homicida que antes él había mostrado a los cristianos de Jerusalén. Toda ciudad que visitaba vaheaba con vicios sumamente vergonzosos e idolatría licenciosa. Él no tenía una Biblia completa. No gozaba ni de imprenta religiosa. Ninguna organización religiosa lo respaldaba, asegurándole el sustento. Además, el mismo nombre Cristo era desconocido. Era Cesa a quien se honraba como a Dios.

La opulencia, la erudición, la filosofía, el poder político, las religiones, la mundanalidad, los vicios, las pasiones y apetitos inflamados, se le opusieron a Pablo. El valeroso ataque de Don Quijote a los molinos de viento no parecía más absurdo que el asalto de Pablo contra el pecado, la corrupción y los males de su día. Ninguna otra arma tenía más que su testimonio personal y la historia de un campesino carpintero. Como heraldo, Pablo le declaraba ser el Hijo de Dios, Salvador y Juez del mundo. Declaraba que delante de Él todo hombre, comenzando con el emperador mismo terminado con el esclavo más humilde, tenía que aparecer para ser juzgado por sus hechos. Proclamaba la recompensa a los justos con la felicidad eterna y la condenación de los injustos a vergüenza interminable y pena eterna. Pablo murió pero él ganó almas.

Dificultades inconmensurables confrontaron a los Wesley, cuando ellos y Whitefield empezaron su carrera que avivó la cristiandad. El clero de su día era completamente impío, entregado a la bebida, carreras de caballo, y cacería del zorro. Igual era la clase media. La mayoría de la clase elevada era escéptica y licenciosa. Las clases bajas en las ciudades, eran envilecidas y borrachas. Encontraron sus placeres en pelea de gallos y carreras de perros los días domingos. Pero en medio de esas condiciones tan desoladas y desesperadas, los Wesley principiaron el avivamiento más grande que se había conocido desde la época apostólica. Arrebataron millares de almas de las mismas quijadas del infierno.

Entre condiciones casi iguales, negras y desanimadas, él general Booth, fundador del Ejército de Salvación, principió y llevó a cabo su trabajo que ha ganado a millones de almas, avivando la fe y levantando el nivel espiritual del mundo entero, esparciendo esperanza y vida entre las naciones paganas.

Pero ninguno de estos avivamientos empezó en grande escala. Todos empezaron como el roble. No hay nada admirable en el principio del roble. Entre las tinieblas, en la soledad, la bellota da su vida y el roble, en el principio, una raicita simple y un tallecito verde, nace de la disolución y muerte de la bellota. Así nacen los avivamientos; así se ganan las almas; y así es el reino de Dios. Alguna persona, no queriendo salvarse a sí mismo ni promover sus propios intereses, muere – muere para sí, para el mundo, para las alabanzas de los hombres, para su propia ambición, para prestigio, para poder, y vive para Cristo – vive para salvar a los hombres, y resulta la salvación de los pecadores. Nacen almas en el reino de Dios. Ellos se repliegan alrededor de su jefe, y en seguida ellos mismos se vuelven ganadores de almas. “Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero, si muere, lleva mucho fruto”. Así dijo Jesús. Y de esta manera Él mismo sufrió la cruz, menospreció la vergüenza y murió, pero para ganar almas, salvar a los hombres y llevar muchos hijos a la gloria. “Si alguno me sirve, sígame,” dijo Jesús. “Que deje su vida vieja, sus ambiciones viejas, y su manera vieja de pensar. Que deje todo por amor de mi nombre, mi reino, y las almas a quienes él quiere ganar y por quienes Yo morí. Él que ama su vida, la perderá; y él que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará”.

De igual manera, el cristiano llega a ser ganador de almas. Es precisamente este el precio que tiene que pagar. El maestro no pudo hallar camino más fácil y no puede indicar camino más fácil. Es

costoso, pero ¿podremos ganar cosa de valor infinito y eterno a más bajo precio? “Por el gozo que le fue puesto delante, él sufrió la cruz”. ¿Pero cuál era ese gozo? El gozo de recibir la aprobación de su Padre, el gozo de salvar las almas de la muerte eterna, y el gozo de llevar muchos hijos a la gloria. ¿Esperamos compartir y disfrutar de este gozo por medio de servicio barato y mediocre que no exige ni devoción entera, ni ofrenda, ni holocausto, ni sacrificio total? Por ningún otro camino jamás ha llegado un hombre a ser ganador de almas. Ciertamente podríamos modificar un poco las vidas exteriores de los hombres; podríamos conmover sus emociones; podríamos conducirles a actividades y ejercicios religiosos, haciéndonos creer que hemos ganado sus almas. Pero ¿estamos de veras ganando sus almas? No se gana una alma hasta ver la constreñida a seguirnos a nosotros como nosotros seguimos a Cristo; seguirnos a la muerte – a la muerte al pecado, muerte a la carne, muerte al mundo, siguiéndonos a una nueva vida, de Santidad.

Tal fue el modo de Pablo. “Yo voy ligado en el espíritu sin saber lo que me ha de acontecer; salvo que el Espíritu Santo por todas las ciudades me da testimonio, diciendo que me esperan prisiones y tribulaciones”. Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús”. Hechos 20:22-24. Esto no era fácil para Pablo. Sin embargo él calculó el precio y lo pagó. No se volvió ni a la derecha ni a la izquierda. Él marchó adelante en línea recta, sin vacilación alguna, hasta la meta.

Le fue encargado por Cristo abrir los ojos de los hombres, convertirlos de las tinieblas a la luz y de la potestad de Satanás a Dios; fue encargado de ver que recibiesen, por la fe que es en Cristo, perdón de pecados y herencia entre los santificados. Él agrega, “No fui rebelde a la visión celestial”. “Cuántas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo”. Al paso que nosotros estimamos todas las demás cosas perdidas ganamos a Cristo y somos investidos de poder para ganar almas.

El Salmista, en su oración de penitencia, clamó a Dios pidiendo un corazón limpio y un espíritu recto. Pidió que el gozo de su salvación le fuese devuelto y pidió el sustento de espíritu noble. “Entonces”, dijo él, “enseñaré a los transgresores tus caminos, y los pecadores se convertirán a ti”. David comprendió que para enseñar y convertir a pecadores era forzoso que su corazón fuese limpio y su espíritu recto. Así es que se ve que el precio de ganar almas incluye el precio que tiene que pagarse por un corazón limpio. Para ganar almas yo tengo que ser limpio; mi espíritu tiene que ser recto. No puedo sustraer una parte del precio; tengo que traer todo al Señor si quiero ser ganador de almas.

“Él que gana almas es sabio” escribió Salomón. Entonces, si yo quiero ser ganador de almas, me toca pagar el precio de la sabiduría. La sabiduría no se puede comparar con oro ni plata. No pasa como herencia de padre a hijo. No se puede aprender cómo se aprende matemática o ciencias en las escuelas y colegios. Viene solamente por medio de la experiencia de seguir a Cristo. Él que desea sabiduría no debe tratar de evadir el sufrimiento. “Nos maldicen, y bendecimos; padecemos persecución, y lo soportamos. Nos difaman, y rogamos” escribió Pablo. Sufrimientos no le desanimaron. Maltratos y desprecios no amargaron su espíritu. Cuando sus mismos convertidos le voltearon las espaldas él escribió: “No os seré gravoso, porque no busco lo vuestro, sino a vosotros. . . con mayor placer gastaré lo mío, y aun yo mismo me gastaré del todo por amor de vuestras almas, aunque amándoos más, sea amado menos. . . todo, muy amados, hacemos para vuestra edificación”. El hombre que tiene este espíritu, está lleno de sabiduría, la sabiduría de Dios, “La sabiduría que es de lo alto, que es primeramente pura, después

pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía”. Y de esta manera él gana almas. Su vida, su ejemplo, su espíritu, y sus palabras constriñen, y él gana hombres para Cristo y los amarra y los asegura al Señor.

El ganador de almas no debe despreciar o tener en poco el día de las cosas pequeñas. Mejor es predicar a una congregación pequeña y ganar unas seis para el Señor que predicar a las multitudes sin ver ninguna alma salvada o santificada. Mucho mejor lo es aunque no se recibe la adulación de las gentes y no les oye decir “¡Qué alegre era el culto!” Hace algunos años fui a una ciudad grande en donde tuvimos una iglesia que podía acomodar más o menos mil personas. Pensé hallar a una congregación floreciente y próspera. Ciertamente, el pastor y su esposa gozaban de muchos talentos y grandes habilidades, pero se habían enfriado y habían perdido vigor y vida espiritual. En ese lugar en donde pensé ser recibido por centenares de hermanos, unos cincuenta creyentes cansados y descuidados, me recibieron. Veinte de ellos eran niños sucios, despeinados y en harapos. Cuando me levanté para anunciar el primer himno, habían entre todos, solamente tres himnarios; uno era el mío. El pastor se levantó y salió corriendo a buscar unos cuantos más. Lo esperé, tentado fuertemente a bajarme de la plataforma y a abandonar el lugar y a decirle que yo no malgasto mis energías por ayudar a hombres haraganes, faltos de interés como él lo era. Pero en seguida miré a la pobre gente. Eran mineros cansados, esposas desnutridas y fatigadas, y niños pequeños sin pastor. Me estaban mirando con ojos que preguntaron “¿Nos va a dar palo o nos dará de comer? Hambre tenemos, pero ¿nos dará pan o piedra?” Mi corazón se inundó de grande lástima para ellos “ovejas sin pastor”. Propuse en mi corazón bendecirlos, alimentarlos, y salvarlos. Durante los seis días siguientes la grande iglesia se llenó completamente y nos regocijábamos por noventa almas que buscaban al Señor.

El verdadero ganador de almas no estima preciosa su vida para sí mismo. Él se entrega a sí mismo de todo corazón a su tarea, y conoce tiempos, cuando, como Knox oraba “Dame Escocia o muero, “él también llora y clama “Dame almas o muero”.

Aquel pastor de Nueva York tuvo avivamiento en su iglesia. No hubo funerales en la casa pastoral. De día y de noche clamaba a Dios por las almas. Todas las tardes pasaba visitando a las gentes en sus hogares, en sus oficinas, y en sus talleres. Él andaba tanto y subía tantas gradas de los altos edificios de Nueva York que dijo si todo se uniese para formar un solo camino y una sola escalera, hubiera recorrido una buena parte del camino hacia la luna. Durante más de un mes, él dedicaba sus mañanas al estudio de la Biblia, a la lectura de biografías de almas, o libros acerca de avivamientos. Leía sermones acerca de avivamientos, himnos de avivamientos, e historias de avivamientos. Saturó su mente y su corazón con el mismo espíritu de avivamientos. Él contempló la sepultura, el infierno, y los cielos. Él estudió el Calvario. Meditó en la eternidad. Él avivó su amor y compasión para las almas. Clamó a Dios por el Espíritu Santo; por poder, por fe, por sabiduría, por fervor, por gozo y amor. Se despertaba en la noche y oraba y planeaba sus cultos y su campaña. Él alistaba los miembros espirituales de su iglesia para que le ayudasen. Cuando ganó un hombre para Cristo lo tuvo por ayudante en la pelea, y Dios inundó a la iglesia con fuego de avivamiento. Centenas fueron ganadas para Cristo. ¡Aleluya! ¡Oh, cuán fiel es Dios! ¡Cuán listo para ayudarnos está el Espíritu Santo! ¡Cuán presente es Jesús donde se reúnen hombres en su nombre!

La señorita pastora de la iglesia no renunció. Una noche al despedir el servicio suplió a los fieles de la congregación quedarse con ella un rato. Les abrió su corazón. Les contó de la carta que había escrito al Superintendente. Les conto que no podía continuar en la obra si no veía la salvación de almas. Muchos borrachos habían en la ciudad; las calles estaban llenas de ellos; sus hogares se estaban arruinados; sus

esposas fueron abandonadas; y ellos se estaban apresurando al infierno a causa de la bebida. ¿No quisieran esos hermanos quedarse una hora con ella, orando por ella y con ella, por la salvación de las almas y especialmente por los borrachos de su ciudad? Quedaron y durante una hora oraron, y Dios oyó y se les acercó y Jesús se puso en medio de ellos.

Después del siguiente culto suplicó a los fieles quedarse, y oraron una hora o más, y Jesús estaba presente. Después de cada culto, durante unos diez días, estos soldados fieles quedaron con la pastora y oraban y Jesús estaba con ellos. Y entonces, una noche ¿cuál fue la grata sorpresa? (raro que llamaríamos sorpresa la respuesta a la oración) el peor borracho de la ciudad, juntamente con varios de sus compañeros, llegó al culto y se entregó a Cristo. Su familia entera fue ganada y todos se convirtieron en soldados. Dentro de breve tiempo doce borrachos fueron convertidos, y he aquí un avivamiento había llegado, y no solamente fueron convertidos pecadores, sino la pastora quedó al frente de la iglesia.

Puede ser que seamos cantantes dulces, predicadores elocuentes y conmovedores organizadores adiestrados, maestros de hombres y multitudes, expertos en cuanto a finanzas, líderes populares y famosos, pero si no somos ganadores de hombres; si no hacemos que los hombres y mujeres comprendan el significado y propósito de Cristo y tengan hambre de su justicia y pureza y se postren delante de Él en lealtad completa, entonces una cosa y la cosa más importante en la vida del pastor, nos hace falta. Y esta cosa está al alcance de todos nosotros si por ellos vivimos, si la ponemos en primer lugar, y si no rehusamos pagar el precio. ¡Podemos ser, debemos ser, oh sí, seremos, a todo costo, ganadores de almas!